

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



JUSTICIA ANTIGUA

FOR  
JACK HOLT, BILLIE DOVE, ETC.

No. 130

30 cts.





WILLAT, Irwin

## La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Via Layetana, 12. Teléfono. 4423 A. Barcelona

Año III

N.º 130

*The Wanderer of the Wasteland*  
1924

## JUSTICIA ANTIGUA

Interesante y vigorosa producción americana  
interpretada por los célebres artistas

JACK HOLT, BILLIE DOVE, MONTAGU  
LOVE, Lloyd Whitlock, Stanley Taylor,  
Marjorie Bonner, Chris Frank, etc.

*Neah Beery*

Es una película PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.

(antes SELECCINE, S. A.)





hombre mucho más viejo que ella y que le era antipático.

Unas horas más tarde, Antonieta St. Ives llegaba a la ciudad, encaminándose hacia la oficina de Hurd.

Hurd estaba radiante ante la joven.

—Señor Hurd, he venido a verle para hablar con usted de nuestros bosques.

—Encantado, señorita; pase usted a mi despacho.

Pero alguien acababa de entrar en la oficina. Era Cliff Brant, quien rogó a una dependienta pasase aviso al señor Hurd de que quería hablarle inmediatamente.

Mientras aguardaba la contestación, sentóse, dando muestras de impaciencia. Brant era un hombre joven, de aspecto enérgico y viril. Tenía que saldar muchas cuentas con el señor Hurd. El padre de Brant había sido despojado inicuamente de sus bienes por el comerciante. El muchacho se encontraba entonces en Europa, sirviendo a su patria en las trincheras de Francia. Pero juró vengarse a su regreso y escarmentar a aquel tiranuelo del Canadá.

Hurd y Antonieta se disponían a comenzar su conversación, cuando entró la secretaria del primero.

—Señor Hurd, hay un caballero que dice que necesita tratar con usted en seguida de un asunto urgentísimo.

Hurd movió la cabeza, contrariado. Luego, dirigiéndose a Antonieta, le rogó:

—¿Puede usted esperar un minuto? Tengo que hablar con ese hombre... No tardaré mucho en despedido. Así podremos estar luego más tranquilos.

Antonieta salió del despacho aguardando en una pieza contigua.

El comerciante se sentó ante su mesa y ordenó que fuese introducido el visitante.

Al reconocerle, se puso pálido, tembloroso. Brant avanzaba hacia él con enérgica actitud de vengador.

—¡Hombre! ¡Usted aquí! — dijo Hurd, procurando sonreír —. Yo le daba por muerto... ¿A quién busca?

—¡A usted! Hemos de hablar a solas, señor Hurd. Son las siete menos cinco. Diga a su secretario que avise a los empleados que se marchen a las siete en punto. Vengo de muy lejos para hablar con usted y no quiero que se me interrumpa — agregó con acento amenazador.

—No veo la necesidad de que se marche el personal...

—Le ordeno que quedemos solos...

Su ademán era tan duro y decidido, que Hurd cumplió el mandato. Llamó por teléfono a su secretaria ordenándole se terminara el trabajo a las siete.

—¿Qué amenazas son esas? Supongo que vendrá usted por dinero.

—¡No! ¿Cuánto cree usted que me debe? En otras palabras... ¿Cuánto cree que vale su vida? Más que todos sus millones, ¿no es verdad?

La mano de Brant empuñó un revólver, apuntándolo al pecho de Hurd. Este temblaba de indignación y de miedo.

—Brant, ¿está usted loco? Esconda ese revólver y hablemos cómo Dios manda.

—Ha llegado el momento de la justicia. Acuérr-



dese, Hurd. Mientras yo estaba en la guerra, arruinó usted a mi padre, dejándole en la miseria.

—Yo no tuve intención... El negocio es el negocio...

—¡Ah, el negocio! Pero aquella ruina fué la causante de su muerte, ¿no es cierto? Y ahora yo vengo a castigar al hombre que causó tanto mal.

Habían dado las siete. Escuchóse rumor de pasos que se alejaban. Eran los empleados de la casa que corrían hacia la calle, contentos por aquella puntualidad. Y allí, en la habitación contigua, Antonietta St. Ives escuchaba...

—Ya han salido sus empleados... Ahora usted y yo somos todo el mundo — gritó Brant—. Prepárese a morir...

El cañón del revólver tocó el pecho de Hurd. Este se arrodilló suplicando:

—Por Dios, Brant... perdóneme... yo daré a usted el dinero que quiera...

—¡Dinero! ¡Usted es de los que piensan que todo acaba en el dinero! Y a mi padre ¿quién le devolverá la vida? ¡Ah, perro!

El orgulloso Hurd, con rostro de agonía, se humillaba pidiendo perdón. La proximidad de la muerte le causaba terror.

Una sonrisa de desdén se dibujó en los labios de Brant.

—¡Es usted despreciable! Ya sabía yo que este revólver le haría temblar de miedo... y eso que no está cargado.

Y tiró el arma a un rincón.

Instantáneamente cambió el rostro de Hurd. Res-

piró otra vez y se alzó airado. Quería castigar a aquel miserable.

—¿A qué vienen esas bravatas, insolente? ¡Corbade!

Y le lanzó una pequeña escultura que tenía sobre la mesa con ánimo de herirle. Brant pudo esquivar el golpe.

—Oh, no creas que vayas a librarte de mi castigo — dijo el joven—. No quiero convertirme en tu asesino... me repugnaría tu sangre... Será con mis puños cómo voy a vengarme... ¡Defiéndete, perro!

Quitóse la americana y lo mismo hizo su enemigo. Y los dos hombres, ciegos de odio, se lanzaron uno contra otro, en lucha terrible, feroz. Hurd era atlético, pegaba golpes recios y contundentes, pero Brant no le iba a la zaga. Pronto se impuso la juventud de Brant y su puño poderoso cayó una y otra vez sobre el rostro del comerciante. Este manaba sangre. Se tambaleaba, perseguido por el ímpetu terrible de su adversario que en su avanzar derribaba mesas y sillas con la embriaguez de la victoria.

—¡Ah, canalla!

Se escuchó un grito, y un cuerpo, el de Hurd, cayó pesadamente al suelo. Brant lo levantó y lo sentó en un sillón ante la mesa.

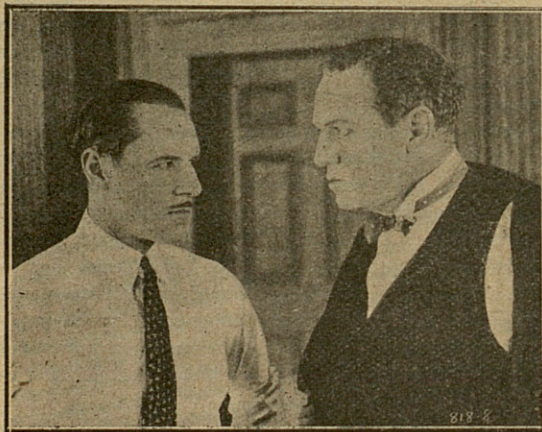
—Cuando despiertes, no te reconocerás...

Hurd, desvanecido, producía lástima. Rojo por la lucha, su cabeza caía a un lado. Puso Brant en sus labios un puro encendido como atributo grotesco.

—Has probado mi fuerza — se dijo, riendo—. En lo sucesivo no te metas en mis asuntos...



Antonieta, desde el cuarto próximo, había escuchado los rumores de la lucha. Dios, ¿qué pasaba allí? Se estaban matando... Después del combate, se hizo un gran silencio y la muchacha, llena de miedo, se atrevió a abrir la puerta que daba al despacho de Hurd.



*Los dos hombres, ciegos de odio...*

Vió un instante a Brant, pues éste salía ya por otra puerta. Pero comprendió que no olvidaría nunca el aspecto terrible y fiero de aquel que parecía un gladiador... Brant estuvo unos instantes contemplando a la desconocida y luego se marchó.

Antonieta avanzó lentamente y un espectáculo do-

loroso y grotesco se presentó a su vista. Casi no hubiera reconocido a Hurd. Su traje estaba desgarrado, su rostro deshecho por los golpes. Parecía muerto; sólo el puro encendido como un punto rojo ponía allí signo de vida.

Horrorizada, Antonieta salió de la oficina. ¡Pobre Hurd, cómo le habían dejado! Pero no estaba muerto; había visto moverse pausadamente su camisa bajo una respiración fatigosa.

Unas horas después, Hurd volvía en sí... Al verse en aquel lamentable estado, dió un terrible grito de odio... ¡Ah, el miserable! ¡Con qué gusto le hubiera dado muerte!



Al cabo de unos días, Brant volvía a encontrarse en su verdadero elemento, en los grandes bosques del Canadá, a orillas del majestuoso río San Lorenzo.

Detuvo su automóvil en mitad del camino con motivo de un incidente que le llamó la atención.

Discutían acaloradamente frente a un "bar", el dueño de este establecimiento y dos elegantes caballeros, joven el uno, mucho más viejo el otro. Era el primero Gaspar St. Ives, el hermano de Antonieta, y su acompañante se llamaba Ambrosio y había sido en un tiempo tutor de Gaspar, de quien no se separaba nunca.

—Es un establecimiento público y no pueden echarle —decía Ambrosio al joven—. ¡Es una falta de etiqueta!



Gaspar, dirigiéndose con ademán provocativo al tabernero, gritó:

—¿Se ha enterado usted, gandul? ¡Ha cometido una falta de etiqueta!

—Cuidadito con las palabras, ¡jovenzuelo!

—¡Repito que es usted un gandul y un insolente!

El tabernero, tipo robusto, que no se dejaba insultar, dió una fuerte patada al joven St. Ives derribándolo contra el suelo. Luego, con la mayor tranquilidad, se metió en la tienda.

—¡Cobarde! ¿Por qué no se pelea usted con uno de su tamaño? — gritó el viejo, mientras acudía a levantar a su señor.

Brant descendió del coche, yendo en auxilio de Gaspar. Explicó el viejo tutor lo que había ocurrido.

—Venimos andando de Quebec... Es un establecimiento público, pero aquel gandul no le quiso servir una copa porque dice que es demasiado joven.

Gaspar lanzó un grito. No podía andar. Tenía una torcedura en el pie.

—No se preocupe — dijo Brant, amablemente—. Yo les llevaré a la ciudad en mi *auto*...

Después de mutuas palabras de cortesía, los tres hombres subieron al coche, encaminándose a la vieja población de Quebec, en donde la mansión de la antigua familia St. Ives se mantenía todavía incólume entre las ruinas que la rodeaban.

Antonieta St. Ives se hallaba en su casa conversando con su prima Angélica Franchon, esposa de Juan Denis, el administrador de sus propiedades. Con alborozo juvenil le explicaba la lucha en casa de Hurd.

—¿Y tú lo oíste todo desde la habitación contigua? — le decía Angélica—. ¡Qué emocionante! Dime, ¿cómo es él? ¿Es bien parecido?

—No podría decírtelo... Es alto... Usa bigote... Pero es muy brutal y vulgar.

—¿No fuiste presentada a él? ¿No le hablaste?

—¡Casi parecía un demonio! Huyó al verme... Daba miedo.

Entretanto, Brant había llegado a la casa con St. Ives y Ambrosio. La amabilidad del joven hizo que Gaspar le rogase les acompañara a la cena. Brant no pudo rehusar la invitación.

Mientras Antonieta acababa de vestirse, Angélica bajó al salón y su primo le presentó al invitado.

Brant no era desconocido en la comarca y Angélica se mostró muy cordial con él. Fué mostrándole los grandes cuadros que adornaban el salón.

—Este es el primer St. Ives que vino al Canadá. La familia St. Ives es originaria de Francia, gente noble, que hacía del honor un culto... Antonieta, la heredera de la casa, tiene las mismas ideas de sus antepasados y por esto quisiera que todos los hombres fuesen caballeros a la antigua...

Brant sonrió. ¡Deseaba ver cuanto antes a esa Antonieta romántica! Y ella no se hizo esperar.

—Antonieta — dijo su hermano—, te presento al señor Cliff Brant, que me ha conducido a casa en su coche. Yo tuve una caída...

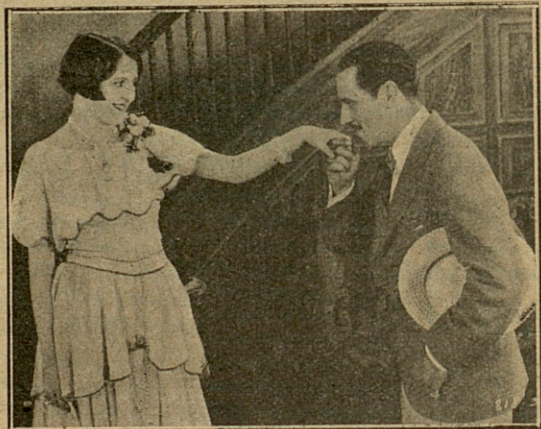
La muchacha estrechó sonriente la mano de Brant y le recordó en el acto. ¿Pues no era aquel joven que tan duramente había castigado a Hurd?

También Brant reconoció a Antonieta.



—¿No la he visto a usted en otra parte? ¿No estaba usted en la oficina de Iván Hurd?

—Sí... y me enteré de lo que pasó... Hurd es también mi enemigo... Hace todo lo que puede por arruinarnos...



—¿No la he visto a usted en otra parte?...

—¡Ah, el mal hombre!

Llegó Juan Denis, quien agradablemente sorprendido, abrazó a Brant.

—¡Querido Brant! ¡Qué casualidad! Me pareció verte en la estación hará unos días... ¡El susto que me llevé!... ¡te creía muerto en la guerra!

Y como Antonieta le preguntase de dónde venía

su amistad, Juan prosiguió:

—Antonieta, en Flandes fué mi capitán. ¿Quién había de decir que lo encontraría vivo... y en tu casa?

—Mi alegría no es menor que la tuya, Denis... — agregó el muchacho.

Pasaron todos al comedor. Se habló mucho de Hurd, de sus maldades y proyectos. Y de aquella cena nació una alianza entre Brant y la familia St. Ives contra Iván Hurd, su común enemigo.

—¡Por nuestra victoria y por la destrucción de los diabólicos planes de Iván Hurd! — dijo Brant, levantando su copa.

Todos brindaron. Brant y Antonieta se sentían atraídos con agradable simpatía. Ella admiraba a ese joven al que había visto luchar con un coraje de guerrero antiguo.

Después de tomar el café, Juan Denis propuso a Brant:

—Hemos de organizar bien nuestra lucha. Venga usted a mi casa y le mostraré los planos y el esquema de la situación. Como se trata de negocios, a Antonieta no le sabrá mal que nos marchemos tan precipitadamente.

Antonieta sonrió. Lamentaba la ausencia de Brant, pero comprendía las buenas disposiciones de su primo.

Brant se despidió de la muchacha, diciendo:

—Señorita, de hoy en adelante, tendré el gusto de verla con más frecuencia. Su simpatía me ha cautivado y nos une un mismo ideal...

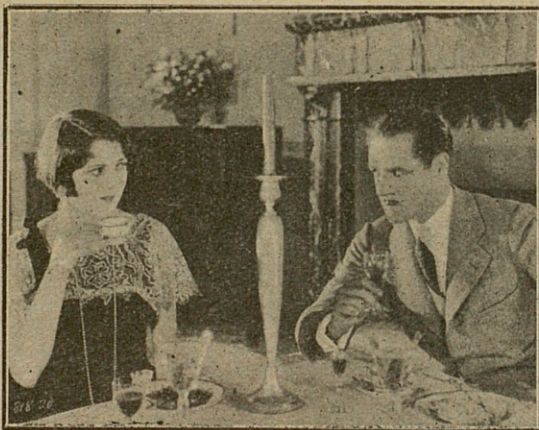
Angélica acompañaría a su marido. Mientras ella se ponía el sombrero, preguntó a Antonieta en voz muy baja:

—¿Qué impresión te ha causado Brant?



—No me cabe duda que es nuestro amigo, mas no sé por qué, me intriga... ¡me asusta!

Los St. Ives despidieron afectuosamente a sus invitados. Brant, alegremente bendecía la ocasión de



—*¡Por nuestra victoria y por la destrucción de los diabólicos planes de Iván Hurd!*

haber conocido a aquella familia. ¡Ay, la linda Antonieta! ¿No la tenía ya en su corazón?

En casa de Denis, éste mostró a Brant los documentos que interesaban, en la lucha a emprender contra Hurd.

—Nuestra situación es la siguiente: estamos ahora derribando los árboles del bosque que luego el río

San Lorenzo conducirá hasta su destino... Tenemos grandes pedidos que servir... Hurd puede cerrar el paso del río más abajo de nuestro terreno, e impedirnos el paso de las trozas; y si lo consigue, los compradores anularán el contrato y la señorita St. Ives quedará en la ruina. Y Hurd se apoderará entonces de nuestra clientela.

Examinaron los planos y Brant movió con aire de duda la cabeza.

—Me parece que, al fin y al cabo, nos veremos obligados a entrar en arreglos con Hurd. ¿No lo cree usted así?

—Esto es precisamente lo que no podemos ni debemos hacer. Hurd exige como condición principal para cesar la lucha, que Antonieta se case con él.

—¡Qué locura! ¡Ella... con ese bárbaro!

Sintió aumentar su odio contra Hurd. Había en él un sentimiento de celos.

—Hurd llegará de un momento a otro para hablar esta noche con Antonieta. Ya le anunció su visita...

—¿Cómo la han dejado sola? ¿Cree usted que ella aceptará la condición que Hurd le pone?

—Estoy seguro de que no. Antonieta es una gran mujer, querido Brant...

Todavía estuvieron hablando largo rato, hasta que Brant, despidiéndose de su amigo, dijo:

—Voy a dar un paseito y a pensar en la manera de resolver el asunto... Tenemos que frustrar los planes de Hurd.

A la misma hora, Antonieta se preparaba para recibir al odiado Hurd.

—Ambrosio — dijo al tutor de su hermano—,



Ambrosio, que había escuchado la conversación, entró en la sala llevando el abrigo y el sombrero de Hurd.

El comerciante, sin decir palabra, marchó del salón. Orgullosa Antonieta, ¡el la doblegaría!

Ya en el recibimiento, Ambrosio quiso pedirle explicaciones.

—El día que usted vuelva a molestar a mi señorita, se las entenderá conmigo, ¿oye?

Y alzaba su figura, insignificante, más aún comparada con el recio cuerpo de Hurd.

Este escuchó distraído aquella bravata y luego, de un manotazo, tiró al suelo al fiel Ambrosio. Y abriendo la puerta salió al exterior.

Alguien pasaba en aquel instante por allí. Era Cliff Brant que vigilaba, temiendo algo de aquel malvado. Al ver a Hurd se le acercó con su sonrisa de hielo.

—Vamos, ¿no le advertí a usted que no quería que se metiese en mis asuntos?

—¿Qué tiene que ver este asunto con usted? —respondió Hurd, rabioso, ante aquel hombre que le daba miedo.

Antonieta, atraída por el rumor de las voces, había abierto la puerta y escuchaba.

—Lo que concierne a la familia St. Ives, me concierne a mí — agregó Brant, orgulloso—. Sepa usted que voy a casarme con la señorita St. Ives.

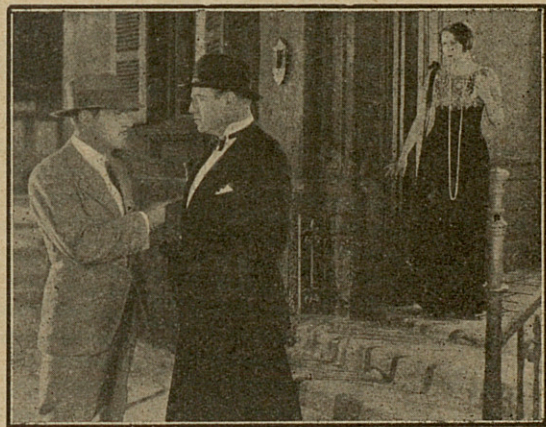
—¡Ah, lo celebro!... — dijo Hurd, muerto de rabia.

Y no queriendo discusiones con Brant, marchó rápidamente.

Antonieta había oído, indignada, las palabras de

Brant. ¿De dónde había sacado él aquella noticia de la boda?

—Me lo temía de usted — le dijo, al ver que Brant intentaba acercarse—. Es usted tan malvado como



—...¿no le advertí a usted que no quería que se metiese en mis asuntos?

Iván Hurd. Le agradeceré que no vuelva a verme.

Y entró en la casa. Brant quedó inmóvil, desolado, lamentando sus palabras. Había dicho una tontería, pero era para que Hurd perdiese toda esperanza respecto de Antonieta. ¿Por qué ella tomaba tan mal su actitud? Si Antonieta supiera... Brant la quería y el casamiento hubiera sido su mayor felicidad.



Al siguiente día, Brant fué a contar a Juan Denis lo sucedido con Antonieta.

—Supongo que la prohibición de Antonieta no impedirá que continuemos luchando juntos contra las maquinaciones de Hurd — le dijo Denis—. Acuértese de que él era el gran enemigo de su padre...

—Sí, sí, les ayudaré, aunque no le oculto la pena que me ha causado Antonieta.

—Bah... Olvide... Y quizás obtenga su triunfo... Y se entregaron al trabajo con la emoción de vencer...

\*  
\*\*

En el bosque continuaban con febril actividad los trabajos de corte de madera, en anticipación a la gran creciente del río en la primavera.

Brant había tomado el mando del pequeño ejército que trabajaba con indiscutible entusiasmo. Su presencia parecía dar a todos los obreros alientos nuevos para continuar la lucha.

Juan Denis y Gaspar St. Ives le ayudaban en la dirección. Comenzaron los trabajos de construcción de un dique en donde embalsarían agua suficiente para arrastrar la madera hasta la última troza. Después, el río se encargaría de transportar hasta la otra parte del Canadá toda la madera.

Y cerca de allí, en los terrenos de su propiedad, los secuaces de Hurd se preparaban a impedir el paso de las trozas por el río. Había de dar la batalla a los St. Ives.

El leal Ambrosio hacía todo lo que podía para hacerse servicial. Había logrado que le diesen un empleo en los terrenos de Hurd y de este modo podía espiar las intenciones de éste.

Jorge Bolduc, el capataz de Hurd, telefoneaba ahora a éste algo muy interesante.

—Me he enterado que la señorita St. Ives está por llegar a su campamento con un cargamento de no sé qué... y otro de mujeres y chiquillos.

—Procura enterarte de qué se trata y avísame en seguida — dijo la voz de Hurd.

Ambrosio, con la excusa de encender el fuego de la cabaña del capataz, había escuchado la conversación. Bolduc, viéndole allí, casi sin hacer nada, le dijo:

—¿Está usted cansado?

Ambrosio se fingió sordo.

—¿Qué?

—¡Que si está usted cansado!

Una sonrisa de inteligencia iluminó el rostro de Ambrosio.

—¿Que si estoy cansado? ¡Ah, no, señor! ¡Y qué sea por muchos años!...

El capataz le dejó con gesto de fastidio. ¡Pobre sordo!

En el campamento de los St. Ives acababa de llegar Antonieta con un carro lleno de material de madera y otro con un cargamento de mujeres y chiquillos.

Uno de los medios de que se valía Hurd para impedir el adelanto de las obras, era el de quitarles los obreros a los St. Ives.

Para evitarlo había ido allí Antonieta.



Brant pretendió esconderse al conocer la llegada de Antonieta.

—Ella me dijo que no quería volver a verme — explicó a Denis.

—¡No sea usted tonto!...

Antonieta entró en la tienda de campaña alegremente. Su sonrisa desapareció al ver a Brant. Los dos jóvenes se miraron en silencio.

La muchacha, volviéndole la espalda, comenzó a hablar con su hermano y Denis de su proyecto.

—Estoy segura de que teniendo sus familias aquí y una escuela para los chiquillos, lograremos de una vez que Hurd no se nos lleve la gente.

Y desde el siguiente día comenzaron con gran actividad los trabajos de la construcción de la escuela. Antonieta sería la maestra, ayudada por Angélica, su prima.

Brant tuvo que reconocer que la muchacha valía un Perú. Y al propio tiempo las sospechas y prejuicios que Antonieta tenía contra Brant se disiparon como por encanto al ver que el joven estaba dispuesto a luchar a su lado por ella.

Volvían a hablarse, pero exclusivamente de negocios, sin aludir a la escena de aquella noche. Pero entre sus palabras se engarzaban las fibras de la cordialidad.

Brant estaba contento. En su interior seguía alimentando esperanzas respecto de aquella criatura, pero, ¿cómo atreverse a hablar? Ella le contestaría con brusquedad dolorosa.

Un día, Antonieta propuso:

—Quiero visitar el sitio donde van a construir el

dique. Me gustaría cenar allí y volver al campamento a la luz de la luna.

Irían aquella misma tarde.

El capataz de Hurd había llegado al campamento de St. Ives para averiguar el objeto de la llegada de la joven. Pero Ambrosio, vigilante siempre, había seguido sus pasos y al ver esconderse a Bolduc en una garita, corrió a advertírselo a Juan Denis.

—¡El capataz de Hurd está en el campo espionándonos!

Denis, con varios trabajadores, rodeó la garita, derribándola y sorprendiendo al capataz. Este quedó molido por los fuertes golpes de los trabajadores.

—¡Espía! ¡Cobarde... a tu campamento!

Huyó el capataz, jurando no volver a poner allí los pies. ¡Qué tunda de golpes!

Aquella tarde, Antonieta y Angélica con Gaspar, Brant y Denis se dirigieron al dique en construcción, situado a tres millas río arriba.

—Aquí es donde estamos terminando el dique. Al paso que van los trabajos, acabaremos pronto...

Antonieta admiró las obras efectuadas y la intervención constante y eficaz de Brant.

—No se imagina cuánto le agradezco el haberse decidido a ayudarnos. Yo no sé cómo abríamos salido del paso sin usted — dijo a Brant.

El contestó, resuelto y alegre:

—Teniéndola a usted a mi lado me siento con fuerzas suficientes para vencer a veinte hombres como Hurd.

Después, cenaron a la luz de la luna. También los obreros, terminada la hora del trabajo, se dirigieron a reponer sus estómagos. Uno de los grupos



que había comenzado a derribar un árbol, dejó la labor para el siguiente día.

—Vamos — ordenó un capataz—. Aunque el viento lo tumbé no puede pasar nada.

La cena transcurrió alegremente como si vivieran en plena paz.

Mas sucedió que después de la cena, no había luna que los alumbrase para la vuelta al campamento. Y tuvieron que resignarse a pasar la noche en las tiendas de campaña.

Antonieta y Angélica ocuparon una de ellas y los tres directores otra cercana. La noche comenzó a presentar mal aspecto. De repente empezó a llover con una lluvia violenta y espesa. Al propio tiempo el viento rugía pareciendo querer llevárselo todo.

Las dos muchachas descansaban tranquilamente, ajenas al peligro que las acechaba. El árbol que se dejó a medio derribar, se balanceaba ahora impulsado por la fuerza del viento, muy cerca de la tienda donde se hallaban las jóvenes.

Y de pronto se rompió el poderoso tronco, viniendo a caer al borde de la misma tienda y aplastándola con el peso de sus ramas.

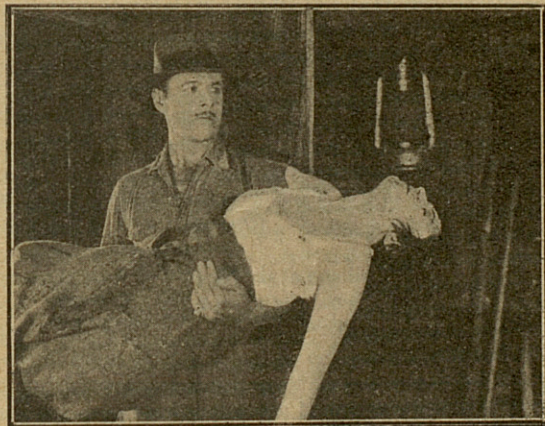
Brant, despierto, escuchó el extraño rumor y salió al exterior. La lluvia seguía cayendo con fuerza aterradora. Una mujer, Angélica, corrió hacia el joven:

—¡Pronto, pronto! ¡Venga a auxiliar a Antonieta!

Brant siguió a la muchacha y apartando las ramas del árbol recogió a Antonieta que estaba desvanecida bajo aquel peso.

La cogió en brazos, llevándola a su tienda, desierta ya, pues Gaspar y Denis, atraídos por los gritos, habían salido a enterarse de lo ocurrido.

Depositóla cuidadosamente sobre una litera y la contempló con emoción. ¡Qué hermosa era! Y sin poderse contener, la besó una y otra vez en los labios, hasta que Antonieta volvió en sí y se dió suenta de aquella continua caricia.



*La cogió en brazos, llevándola a su tienda...*

—¿Qué hace usted? — murmuró.

Y rompió a llorar amargamente. Penetraron en la tienda Angélica y su marido, acompañados de un médico. Por fortuna, Antonieta sólo padecía ligeras contusiones. Pero seguía llorando, enfurecida contra lo que había hecho Brant. Besarla mientras ella estaba indefensa, ¡Era una traición! De pie, junto a ella, Brant la contemplaba dulcemente.





Pasó algún tiempo. Las obras proseguíanse con creciente actividad. Al llegar el invierno, el dique que Brant mandó construir estaba terminado y el trabajo de juntar las trozas continuaba sin interrupción.

Y en tanto, el eco de la campana de la escuela sonaba en la soledad de la serranía. Antonieta y su prima eran las maestras, y de este modo habían evitado que los obreros abandonasen los trabajos. Creían vivir en su propio hogar, teniendo juntos a sus mujeres e hijos.

Pero la reconciliación de Brant y Antonieta no llegó con el invierno. La joven era demasiado orgullosa para humillarse y, espíritu altivo, heredado de sus antepasados, no toleraba que le hubieran robado un beso aprovechándose de su desmayo. Y Brant, cohibido ante la actitud de la muchacha, manteníase en silencioso apartamiento, dedicado exclusivamente a su trabajo.

Llegó la primavera y con ella la época del deshielo. Iba a comenzar, pues, el transporte de los maderos por el río. El dique estaba abarrotado de trozas y sólo faltaba la orden de volarlo para que todos se deslizaran corriente abajo.

Hurd, en aquella época, se trasladó a sus terrenos para impedir que los maderos alcanzasen el río.

Hurd, silenciosamente, durante los últimos días, había llevado a un torrente gran cantidad de made-

ra a fin de impedir el paso de las trozas. Estaba contento. Nadie se había enterado de aquellos trabajos nocturnos que detendrían el avance de las trozas de St. Ives.

Ambrosio, a pesar de su buena voluntad, no había logrado enterarse de aquella labor de todos las noches. Por eso, al escuchar ahora, escondido tras una pared, las palabras de Hurd, tembló de pies a cabeza. Era necesario avisar cuanto antes a Brant.

Iba a hacerlo cuando tropezó, siendo decubierto por Hurd y el capataz, en su espionaje.

—Pero, ¿quién es usted? — preguntó el comerciante—. Lo ví a usted en casa de Antonieta St. Ives... ¿Qué está usted haciendo aquí?

Ambrosio no respondió y el capataz Juan Bolduc dijo que aquel viejo era completamente sordo.

—Sordo o no, ¡echadlo de aquí...!

Y le pegó tan furiosa patada, que le tiró a varios metros de distancia. Ambrosio, enfurecido, juró vengarse. ¡Ah, mal hombre! ¡Algún día tendría que pagárselas todas! Pero, ahora, lo interesante era advertir a Brant de lo que había hecho su enemigo.

Montó a caballo y partió rápidamente hacia los terrenos de Antonieta.

Mientras tanto en el campamento de St. Ives todo estaba dispuesto para soltar la madera río abajo. Brant se encargó de hacer estallar el dique a fin de que las trozas comenzasen su avance por la corriente.

El rumor de la explosión atrajo una enorme multitud. Las mujeres y niñas vitoreaban, entusiasma-



das, el magnífico avance de los maderos que se deslizaban con rapidez sobre las aguas.

Y lejos, cerca del torrente, Hurd y sus hombres vigilaban el avance de las trozas de St. Ives. Iban a estrellarse contra los grandes maderos que ellos habían puesto, y no podrían proseguir la marcha. ¡Admirable idea!

Ambrosio llegó al grupo que formaban Brant y sus amigos, y exclamó:

—Señores, Hurd ha puesto una enorme cantidad de maderos en el torrente para que sirvan de valla a nuestras trozas, cerrándolas el paso.

—¡Ah, el malvado!... Si consigue que las trozas no pasen adelante, estamos perdidos... Hemos de ir a volar los maderos que él ha colocado en el torrente.

Brant daba atinadas disposiciones. Todos le admiraban por su energía y decisión. Antonieta le miraba en silencio. ¡Ay! ¿lograría vencer finalmente el plan adversario?

En una canoa se dirigieron Brant y Juan Denis hacia el torrente. Llevaban un explosivo a fin de volar los maderos.

Ocultándose de las gentes de Hurd que estaban en la orilla esperando el arribo de las trozas de St. Ives, los dos hombres colocaron en el fondo de dos maderos una bomba explosiva.

Pero, de pronto, resbaló Denis y quedó aprisionado entre dos gruesos troncos.

—Estoy perdido — gimió.

—¡No, no! — dijo Brant—. Pero es imposible apagar ahora el explosivo ¡No podemos llegar a él!

En vano realizó poderosos esfuerzos para quitar

a Denis de su encierro, y los dos quedaron inmóviles en aquel sitio, resignándose a perecer. No había otro remedio.

En otra canoa había llegado hasta allí la intrépida Antonieta. Al ver la difícil situación de su primo, lanzó un grito de horror. ¿Cómo salvarle?

Brant intentó de nuevo el salvamento. Por fin, logró alzar uno de los troncos y Juan Denis quedó libre.

Iba a estallar el explosivo. Se apartaron velozmente de allí, y unos segundos más tarde una violenta sacudida estremeció la tierra. La enorme montaña de maderos puesta por Hurd estaba derribada, y el paso del río quedaba libre.

Y las primeras trozas de St. Ives, que se habían ya amontonado ante aquel obstáculo, se deslizaron rápidamente, impulsadas por la corriente. ¡Había desaparecido el valladar!

Hurd y sus obreros, desde la orilla, lanzaron un grito de odio. ¡Maldición! ¡El río quedaba libre!

Iban a lanzarse contra Brant y los suyos, cuando vieron venir al ejército de trabajadores de St. Ives. Y huyeron prestamente, convencidos de su derrota, sin otro deseo que salvar su piel... Pero el odio más feroz llenaba el alma de Hurd. Y Ambrosio, el fiel amigo de Antonieta y Gaspar, seguía los pasos de Hurd con ánimo de castigarle.

Antonieta, contagiada por la alegría que reinaba, fué a hablar a Brant para agradecerle su esfuerzo. ¡Qué hombre aquél! Era un verdadero caballero antiguo, noble y valeroso...

Pero la muchacha, al poner el pie en uno de los maderos, resbaló con tan mala fortuna, que se sin-



tió arrastrada por la corriente. Dió un grito y contemplaron todos, horrorizados, cómo las aguas parecían querer tragarse en un remolino a la bella propietaria.

Brant no vaciló un momento. Donde había un peligro se hallaba él. Tiróse al río desafiando la muerte, y corrió a salvar, entre los obstáculos de los maderos que pasaban con inusitada rapidez sobre las aguas, a la dulce Antonieta que iba perdiendo las fuerzas.

La transportó en brazos a la orilla, emocionado por haber podido ser útil a aquella arisca mujer. Y ella, ya en salvo, abrazándose a su protector, murmuró, dejándose escapar el secreto de su alma:

—Brant... gracias... gracias... te amo...

Para Brant pareció que el mundo tenía en aquel instante un color nuevo. Y apretó contra sí a Antonieta y le besó la boca.

Y cerca de allí, Ambrosio lograba dar alcance a Hurd, que se había retrasado en su huida, y los dos hombres se enlazaban en feroz combate. Parecía increíble que el viejo tuviese tanta fuerza.

—¡Déjame, maldito! — rugía Hurd.

—No, no... has de pagar todo el daño que quisiste hacernos...!

Rodaron los dos orilla abajo hacia el río y cayeron arrastrados por la corriente... Hurd no pudo resistir el impulso formidable de las aguas y fué engullido por siniestro remolino que le hundió para siempre en su fondo. Ambrosio, agarrado a una de las trozas, aunque mal herido, pudo aguantarse hasta que fueron a socorrerle... Estaba contento: ha-

bía acabado con la vida del traidor... El era ya viejo, pero servía aún para dar su merecido a un miserable...



Y las trozas cruzaron, sin novedad, el río, llegando, en día oportuno, en poder de los clientes.

La Sociedad St. Ives se había reformado, cambiando su nombre por el de St. Ives y Brant, Ltda.

Y Antonieta había dado su mano al joven triunfador. Y una tarde, ante el retrato del primer St. Ives, que presidía el gran salón de la casa, ella habló:

—Brant... te quiero porque eres bravo como lo fué mi abuelo... Eres el prototipo de la justicia... Supiste luchar contra Hurd cómo lo hubiera hecho mi antepasado cuando llegó a esos bosques... Eres como él, ¿no es cierto...?

Brant, sonriente, le respondió:

Amor mío, tu abuelo pertenece a una época pasada... pero siempre que sea necesario, yo, hombre moderno, sabré combatir como él... contra los malvados. La antigua justicia es la mía.

Y abrazó a su novia y la besó en los labios.

FIN

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
FRANCIS X. BUSHMAN, hijo*



PRÓXIMO NÚMERO:

la deliciosa comedia

## ¡HAY QUE SONREIR!

por el gran cómico MONTY BANKS

Postal obsequio: COLI EEN MOORE

La Novela Femenina Cinematográfica

sale todos los viernes.

Precio: 30 cts.

AYER APARECIÓ

el libro 91 de la selecta biblioteca

*Los Grandes Films de*

La Novela Semanal Cinematografica

## LOS DOS AMORES

por los grandes artistas NATALIA LISSEN-  
KO, JEAN ANGELO, PIERRE BATCHEFF,  
CAMILLE BARDOU, etc.

Sea usted coleccionista de

*Los Grandes Films*

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!



## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. BARCELONA

J. Horta, impresor Barcelona